

Ante el día de difuntos

El pensamiento de la muerte

La tierra es un campo de batalla en el que cada día tiene lugar un combate, y en cada combate mueren muchos millones de personas. Cada día mueren en toda la tierra unos 88.000 hombres; por tanto 60 cada minuto, y uno cada segundo. Cada pulsación del reloj marca el paso de un alma a la eternidad. Al año asciende la suma a 82 millones.

En la muerte se separan el alma y el cuerpo. Cuando el vapor se escapa de la máquina, ésta cesa de trabajar. Una cosa parecida acontece cuando el alma, aliento divino, abandona el cuerpo. El cuerpo es como la envoltura o vestido del alma, del cual se despoja en la muerte. Es una choza donde vive el alma.

La estancia del alma en el cuerpo, se asemeja a la estancia de los justos en el Seno de Abraham. En el momento de la muerte suena la hora de la liberación. En la muerte el alma que da libre de su cárcel.

La causa de la muerte

Dios condenó a Adán a muerte, en seguida que pecó, con aquellas palabras: «Polvo eres y en polvo te convertirás». Nuestros primeros padres perdieron, por su desobediencia, el privilegio de la inmortalidad de su cuerpo con que habían sido adornados. «Por un hombre, escribe San Pablo a los Romanos, entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte, y así pasó la muerte a todos los hombres, porque todos pecamos en él». El hombre, por haber querido ser como Dios, se vió humillado por la muerte, con la cual ha pagado su soberbia.

La muerte ignora al pobre y al rico. La vida es como una comedia, donde por breve espacio no hace el papel de juez, otro de general, un terbero el de soldado, y después de la representación nada les queda de sus títulos. Es como el juego de ajedrez, donde cada pieza tiene su valor y su lugar, pero acabado el juego dan con todas revueltas en una caja, como la muerte da con nosotros en la sepultura. Cuando el rico duerme, ninguna cosa podrá llevar consigo. La muerte quita todas las dignidades y honras. Muchos pues, que aquí son los primeros, serán después de la muerte los postreros, y muchos que son aquí los postreros, serán allí los primeros.

La vida es como un sueño, que se disipa tan rápidamente como se forja. Nuestros días en la tierra son como una sombra. La vida es como la tela de araña. Es un vapor que aparece en un momento y luego se disipa.

La muerte no es un mal verdadero

Solo para los hombres sensuales y

amantes del placer, es temible la muerte, pues es fin de los deleites que buscan y principio de su eterna miseria; pero en ninguna manera lo es para el hombre piadoso y virtuoso. Para el justo no hay muerte, sino tránsito a la vida eterna. Por eso los santos se regocijan en su muerte, porque desean, como San Pablo, disolverse y estar con Cristo. Como el jornalero desea acabar el trabajo para recibir el jornal, así desea el justo la muerte para recibir su premio en el cielo. Los santos anhelan por la muerte, como un navegante por el puerto, como un viajero por el término de su viaje, como un labrador por el tiempo de su cosecha.

Para conseguir una buena muerte debemos diariamente pedirle al Señor con oración e irnos desasistiendo de buena gana de los bienes y placeres de la tierra. Hemos de rogar a Dios, particularmente, que nos conceda la gracia de morir con los Sacramentos, para lo cual es muy buena la devoción a San José, patrón de la buena muerte.

¡Oh, cuán dulce es morir cuando se ha vivido piadosamente!

En la madrugada del día de los difuntos

Silencio... Las campanas están doblando
En medio de la noche lóbrega y fría;
Y sus tristes sonidos van anunciando
Que de nuestros difuntos se acerca el día.

Parece que nos dicen: Rezad, mortales,
Por las almas de aquellos seres queridos.
Y su tañir parece de funerales
Los lúgubres, solemnes, graves sonidos.

Las hojas que a los besques verdor pres-
(aron
En el húmedo suelo yacen holladas,
Envueltas con el polvo se marchitaron...
¡De menos que de polvo fueron creadas!

Y las campanas siguen, siguen doblando,
Y parece que cantan con tristes sonos:
Va el hombre por la tierra peregrinando;
Los bienes de esta vida son ilusiones.

De los muertos las tristes mudas ciudades
Mañana a los vivientes abren sus puertas.
Al contemplar del mundo las realidades
Allí se ven las almas temer, inclertas.

Allí, bajo la loba, yertos despojos
Del hombre que a los mundos temblar hacía;
Aquí, profunda zanja, fuente de abrojos,
Donde arrojan al pobre, medrosa y fría.

Del poder de los ricos último alarde
Soberbias sepulturas con letras de oro
Más allá lucecilla trémula arde...
Aquí la indiferencia, más allá el lloro.

El sol tras de los montes sangriento espira:
El frío campo santo mudo reposa:
La noche que a los hombres terror inspira
Por los cielos avanza triste y medrosa.

Y las campanas siguen, siguen doblando,
Y parece que cantan con tristes sonos:

Va el hombre por la tierra peregrinando;
Los bienes de esta vida son ilusiones!

SANTIAGO MONTOTO.

LA SUERTE DE CANALEJAS

Por ahí se oye decir:—Canalejas es el hombre de la suerte lisa. Todo le sale a pedir de boca. Hace atrocidades, y no le chillan. Si Maura hubiese cometido la mitad de las enormidades que Canalejas, hasta las piedras se habrían levantando contra él, mientras que ahora...

Lo segundo es cierto, pero no es cuestión de suerte. Cualquiera en el punto de Canalejas tendría la misma suerte.

Canalejas tiene enfrente a los adversarios gubernamentales de la derecha que no han de combatirle tumultuosamente, como los liberales combatían a los conservadores. Los conservadores hicieron una campaña rabiosa contra Gasset y lo echaron del Ministerio; pero fuera de este detalle, han dejado que Canalejas gobernara a su completo antojo. Le han pasado sus pequeños desafueros democráticos, como la supresión del juramento, la sustitución de los consumos, el servicio obligatorio, la ley del candado, etc., etc., y le han aplaudido cuando se ha metido en harina reaccionaria, como la supresión de garantías del verano pasado con estados de sitio y previas censuras y como el llamamiento de los reservistas ferroviarios en el reciente conflicto.

Como no ha realizado el programa anticlerical que había sido su bandera, los elementos de la extrema derecha, gente de orden de suyo, tampoco le han armado mucha guerra.

Quedaba la parte bullanguera de las izquierdas antidinásticas. Estos tenían que indignarse, y no dejar en paz a esa taifa de vividores que, con la demagogia en la boca, han achicado a Maura en punto a medidas reaccionarias.

Pero a estos se les ha abierto cuenta ilimitada en el Banco del favor y en la caja de los reptiles. El revolucionario Lerroux ha tenido en el bolsillo al gobernador de su feudo barcelonés y ha hecho cuantos negocios ha querido.

Y los demás republicanos siempre han tenido abiertas las puertas de la dispensa.

En estas condiciones, amansados unos a causa de los principios, y los otros a causa de los postres ¿quién había de chillarle a Canalejas?

No podía tener más enemigos encarnizados que sus propios desaciertos y sus propios correligionarios. Pero tanto era el apoyo que le prestaban sus enemigos que por más que ha hecho para caer no lo ha conseguido.

A esto no se le puede llamar suerte sino otra cosa.

Lo que viene a pasos gigantescos; lo que se nos trae a toda prisa, es la ley de asociaciones, la secularización de cementerios, el matrimonio civil, el rompimiento de relaciones con Roma; y, poco a poco, veremos, si vamos a la reducción primero, y a la supresión después, del presupuesto del culto y del clero; a la manera de como fuimos a la pérdida de las Colonias, a la conversión de la deuda, a los empréstitos ruinosos, a la semana trágica, a la huelga de paro general, y al aniquilamiento de nuestra Marina y de nuestra Hacienda, y... hasta a la emigración forzosa por la carestía de las subsistencias, y por el caciquismo, que es orden de caballería necesaria para la vida de los dos partidos turnantes.

La enseñanza laica

Es consoladora la determinación adoptada por la Federación de mineros en el Congreso Tráduccionista de New Port. En dicha Asamblea se votó en favor de la instrucción religiosa en la escuela, dando así una franca repulsa a todas las teorías pseudocientíficas que habían pretendido sustituir la religión.

En 1906 y en 1907 estaba todavía muy de moda el excluir la religión de la escuela. En el Bravante funcionaban unas Ligas que dictaban folletos inspirados en la idea completamente irreligiosa y que después se extendían por los Casinos Socialistas de Copenhague, Bucharest, Manchester, etc., anunciando siempre a plazo fijo la muerte de los dioses; pero desde entonces acá las cosas han cambiado mucho, y uno de aquellos publicistas ingenuos que reouerdó mucho el desencanto que precedió a la conversión de Adolfo Reté, lo dice muy claramente:

«Necesitamos algo que nos consuele de haber nacido y de tener que morir. Hoy por hoy la ciencia no nos consuela, y es muy posible que no nos consuele nunca. Pero no sigamos la jigración. Hay un hecho vivo que deseamos recoger. Toda una Federación de mineros, que antes fué laica, vota la enseñanza religiosa. Y la votación ha sido compacta, pues los votantes representan a 550.000 trabajadores. Los ojos, invariablemente, se vuelven a Dios».

Nuestros intelectuales, en cambio, ahora están luchando que se las palan para implantar en España la enseñanza laica.

¿Cuánto adelante!

Cuando ellos vienen, nosotros vamos.

Pero esto no tiene nada de extraño. ¿Cómo hemos de andar rezagados, si